Ministerio del Trabajo y Asistencia Social

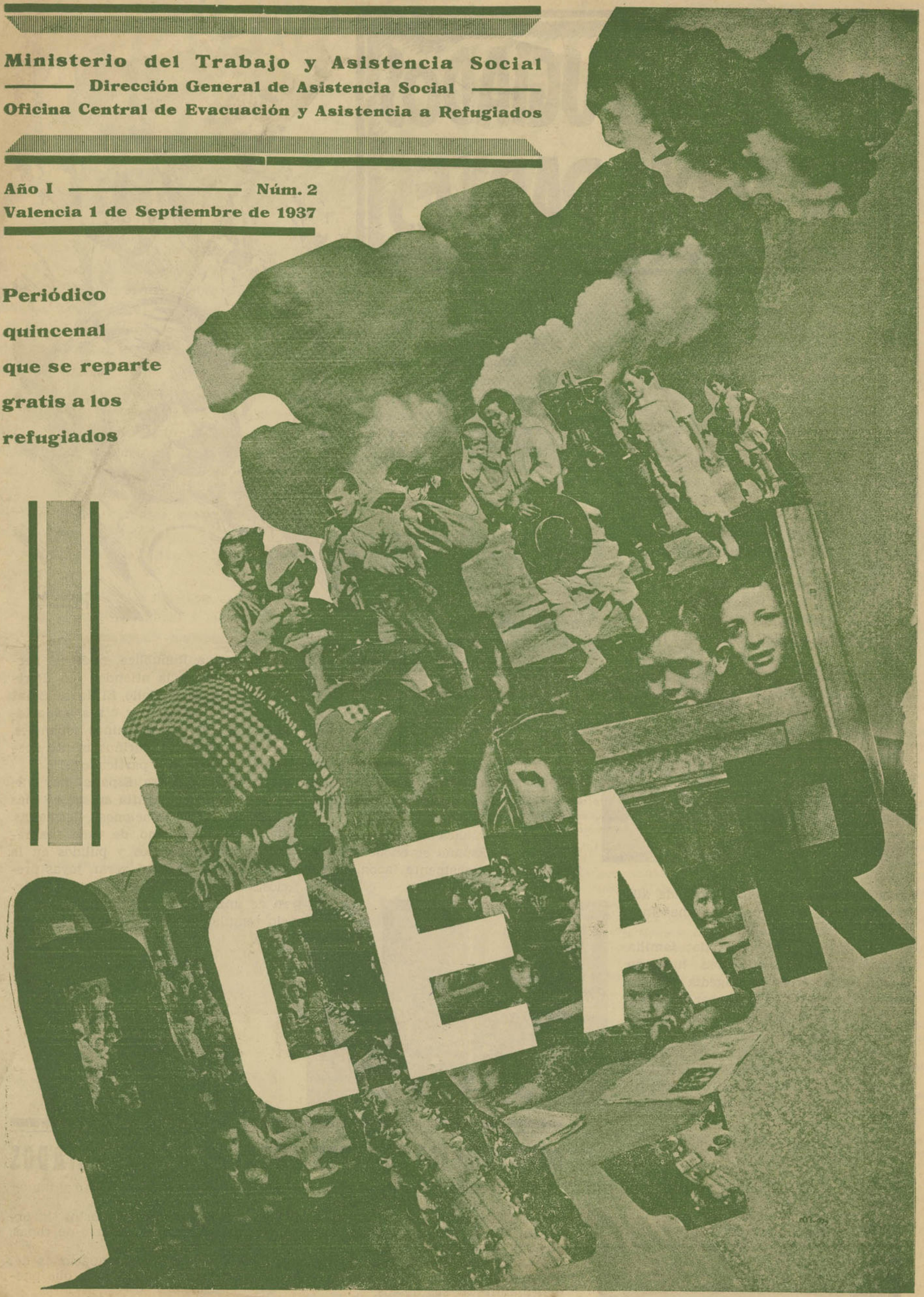
Dirección General de Asistencia Social

Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados

Año I — **Núm. 2**

Valencia 1 de Septiembre de 1937

Periódico quincenal que se reparte gratis a los refugiados



Biblioteca Nacional de España

NIÑOS REFUGIADOS EN TODAS PARTES

Cuando sonaron en nuestra Patria los primeros cañonazos y el grito de guerra, llenó de dolor los hogares tranquilos de la vieja España; junto al cuerpo inerte del primer héroe de la libertad, resaltaba la figurilla frágil de la primera víctima. ¡El niño! Aquel niño que ajeno su corazón a odios y libre su cerebro de instintos malos, vió en un amanecer de estío, sus campiñas teñidas de sangre; y entre un montón de escombros rotos sus miembros de su madre querida, que perdió su vida bajo la metralla facciosa, al dirigirse instintivamente a la salvaguardia de sus hijos milagrosamente ilesos.

Cada día de guerra, cada paso hacia el triunfo de los leales, es motivo de una nueva incursión bárbara y criminal por parte de los traidores, que parecen extremar su crueldad refinada allí donde mayor número de víctimas inocentes pueden ocasionar.

Niños que perdieron todo: familia hogar. Huérfanos que salen huyendo —con el horror de la tragedia pintado en su semblante—, sin saber a dónde dirigir sus pasos vacilantes, perseguidos con saña feroz por las ametralladoras de la aviación extranjera. Los soldados del pueblo, que no vacilan en derramar su sangre por la libertad de España, saben que sus hijos encontrarán amparo, encontrarán educación y cariño, porque son ellos el tesoro más preciado de nuestra España, ellos por quienes se lucha y se muere; ¡la futura generación!

Por medio de Asistencia Social y recogiendo generosos ofrecimientos de las naciones hermanas: Francia, Rusia, Bélgica, México, Inglaterra, etc., miles de niños olvidan los horrores de la tragedia sufrida con la solícita acogida que les brindan estos países.

En el ambiente de sana cordialidad que les rodea, reciben estos pequeños la educación que corresponde a un pueblo libre y siguen desde allí el curso de la guerra española, esperando el retorno a la patria querida.

Aparte los pequeños vascos y santanderinos, últimamente evacuados, hay en la U. R. S. S. cien pequeños españoles, ya mayorcitos, que se preparan en el estudio de la mecánica, construyendo aviones y maquinaria.

En la Republica mexicana, más de 500 hijos de España se encuentran en Morelia, magníficamente acomodados.

En la vecina República, nuestros hermanos de Francia atienden en Port-Vendres, Prats de Molló, El Havre, Saint Citty, La Mauresque y otras poblaciones, a cerca de 4.000 niños españoles, que se encuentran cariñosamente acogidos en domicilios particulares.

España, nuestra España, hoy vilmente ultrajada, confía su tesoro más preciado a las naciones hermanas. Granitos de oro fino, de valor inapreciable que modelados y pulidos en la fragua de la libertad, serán joyas preciosas, el tesoro más grande y verdadero de una nación, sus hombres de recio temple y espíritu elevado y justiciero.

BLANCA R. FONTECHA

CONSTITUID LOS COMITES LOCALES DE REFUGIADOS

Los Comités Locales de Refugiados son los que entienden y deben entender en todo lo referente a los mismos.

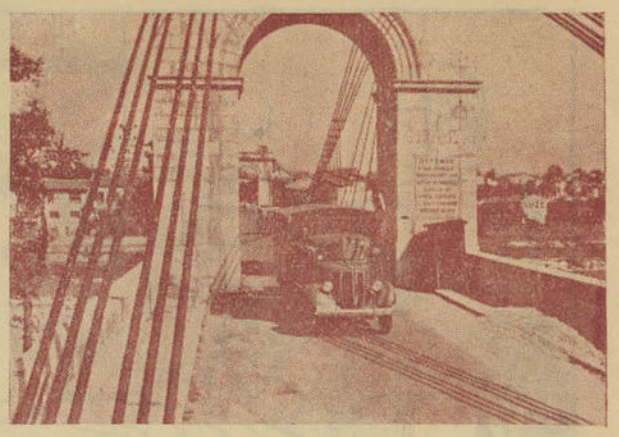
A ellos compete la aplicación de las leyes, el reparto de impuestos, la organización de las ocupaciones, los permisos de traslado, el reparto de ropas, etcétera, etcétera.

Labor que realizan con entusiasmo y sir las grandes preocupaciones del Consejo Municipal. En él tienen representación los refugiados para que puedan manifestar sus deseos.

Constituid el Comité Local de Refugiados.

Biblioteca Nacional de España

La solidaridad que recibimos del extranjero



De todas las latitudes, de todas las longitudes, en todas las monedas, en todas las especies, España, la España antifascista, la España leal, la del pueblo digno, recibe ayuda. Ayuda solidaria, ayuda moral, ayuda material, ayuda corporal.

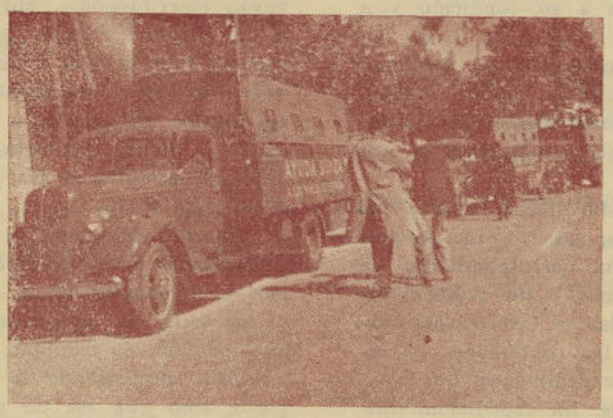
A cualquier parte que vayas de nuestro territorio, en cualquier sitio, encontrarás la ayuda solidaria y el auxilio de hermanos de otras tierras.

Agradecemos grandemente la ayuda de estas organizaciones y de estos hombres de espíritu abierto que sienten la tragedia del pueblo español. Comprensivos, vienen con su trabajo y sus productos a aliviar en parte la desgracia que sufre nuestro pueblo.

Carentes de algunos productos para nuestros niños, carentes de material para realizar nuestra labor, ellos nos lo entregan. Ellos nos dan su trabajo y toda su vida.

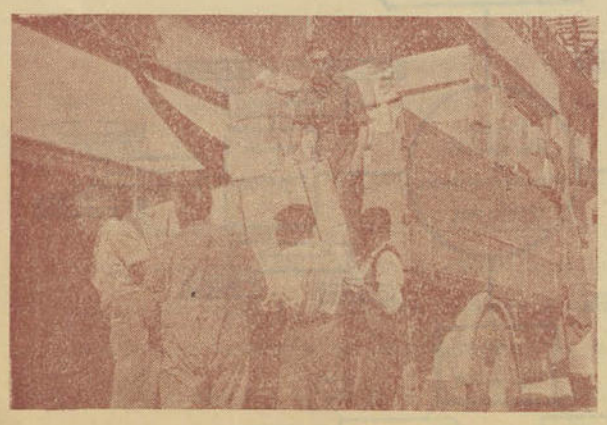
Gratitud eterna a aquellos ciudadanos de allende los mares y los Pirineos, que, con su ayuda material, posibilitan el auxilio de tantos necesitados.

Nosotros os agradecemos—Comités de Ayuda de todos los países—con toda nuestra alma y en lo más profundo de nuestros sentimientos, el apoyo, el auxilio, la ayuda, tanto moral como material, que dáis al pueblo español.



Heraldos de dignidad, nosotros os agradecemos, de todo corazón, vuestro gesto.

Salud, ciudadanos conscientes; vosotros dignificáis a vuestros pueblos. Salud.



El Comité Suizo de ayuda al NIÑO ESPAÑOL

Suiza ayuda tradicionalmente a la humanidad que está sufriendo, sea por guerras o miserias. Esta tendencia de ayuda se sucede de generación en generación y necesita cada vez más sus propios esfuerzos para su funcionamiento.

En la actualidad, a causa de los estragos causados por la guerra civil en España, se formaron diferentes entidades, cuyo fin es ayudar materialmente a los que están afectados por la tragedia.

Fiel a las directivas de Dunant y a la Cruz Roja, bajo el control del Comité Suizo de Ayuda a los niños de España, las Asociaciones suizas «Caritas», «Maestros Suizos», «Socorro al Obrero», «Los Amigos de España» y el «Servicio Civil Internacional», etc., trabajan estrechamente unidas.

Hay en Suiza una entidad que, en colaboración con este Comité Suizo, abastece el Hospital de Onteniente.

Cada una de estas instituciones organiza independiente e interesa a sus afiliados para que entreguen sus donativos, que consisten, generalmente, en un bote de leche condensada, un paquete de azúcar, un trozo de jabón, una tableta de chocolate o un kilo de harina alimenticia para niños, y ropas.

Los afiliados de esas Sociedades residentes en los pueblos, solicitan a los comerciantes que se recojan en sus tiendas obsequios con destino al sufrido pueblo español que lucha por la libertad.

La obra se lleva a cabo en España bajo el Servicio Civil Internacional, y, por tanto, participan en este Servicio no solamente suizos, sino también personas de diversos países.

Se dispone, especialmente, para el traslado de los niños un convoy de cuatro camiones, de los que cada uno tiene una capacidad para unos cuarenta, con los que se ayuda a evacuar a los niños de las comarcas amenazadas por los bombardeos u otros peligros, y los trasladan a zonas más tranquilas, como, por ejemplo, Madrid a Cataluña, Valencia y Alicante. Teniendo necesidad de evacuar familias enteras y no solamente niños, ya se han trasladado unas dos mil personas, que componen familias, y unos dos mil niños, destinados a refugios o colonias.

Los cuatro camiones trasladan también los víveres recibidos de Suiza y otras mercancías destinadas a Madrid para el abastecimiento de la población civil, que ascienden hasta la fecha a unas 300 toneladas. Otros son entregados a colonias infantiles.

Los camiones llevan los nombres de destacadas personalidades filantrópicas y humanistas, tales como Pestalozzi, Durant y Nanseu.

Uno de ellos lleva el de Wilson, que es el fundador de la Sociedad de Naciones, el que asegura la paz mundial.

El Comité Suizo de Ayuda desea trabajar en el mismo sentido, siendo una pequeña unión que trabaja activamente para la paz.

Biblioteca Nacional de España

Evacuación de Madrid de las futuras madres

FUE a fines de 1936 cuando se inició la creación de la Dirección de Eugenesia y Maternología y la Jefatura de los Servicios de evacuación y asistencia a embarazadas, con el fin de que las mujeres en estado de gestación que hubieran de abandonar Madrid u otras poblaciones atacadas por los facciosos, lo fuesen dentro de una organización genuina y específicamente dedicada a facilitarles un transporte lo más cómodo y seguro y una colocación y asistencia lo más perfecta y adecuada a su condición y a sus circunstancias.

Explicado ya por el doctor Carreras, en este periódico, el funcionamiento del Instituto Maternal de Vélez Rubio, nosotros vamos a limitarnos a exponer cómo se hacía la evacuación de las embarazadas de Madrid y cuál va a ser la organización de los servicios que actualmente se nos han encomendado.

Varios artículos y notas en la Prensa y en la Radio dieron lugar a que acudiesen a nuestra Oficina bastantes embarazadas, que se inscribieron para su evacuación a Vélez Rubio. Hecha la ficha correspondiente, se practicaba un reconocimiento tocológico de las mismas y un examen por un pediatra de los hijos que habían de acompañarlas, y, ya en posesión de los dictámenes correspondientes que acreditaban las condiciones de sanidad de la madre y de los hijos, se formaban las expediciones, que comprendían de 12 a 15 embarazadas y de 15 a 20 niños. La expedición, dirigida por un responsable—y en la que figuraban dos matronas—, provistas de «trouseau» completo de partos, por si en el largo trayecto a recorrer alguna de las gestantes tenía que quedarse en trance-parto—salía en viaje directo a Vélez Rubio, unas veces al amanecer, otras al anochecer, según las circunstancias relacionadas con el tránsito por las carreteras. En la primera expedición fueron provistas de unas bolsas, en las que llevaban alimento suficiente para el viaje, a fin de que no tuvieran que detenerse en el camino; pero la experiencia aconsejó, para viajes sucesivos, las comidas en ruta. Y así, sin el menor contratiempo, sin el más mínimo accidente, salieron de Madrid y llegaron a Vélez Rubio, después de recorrer 600 kilómetros en unas veinte horas, seis expediciones, que colocaron en aquel Centro unas 80 embarazadas y más de un centenar de niños. Naturalmente, al seguir después del parto permaneciendo en Vélez Rubio, las mujeres con sus hijos, hubimos de encontrarnos con que, una vez cubiertas las plazas, no había posibilidades de enviar nuevas embarazadas y las expediciones hubieron de suspenderse, en espera de la creación de nuevos Centros de refugio. La organización de este servicio se completaba con el informe a los familiares que permanecían en Madrid de los datos que oportunamente la Dirección de Vélez Rubio enviaba a la de los Servicios, en relación con el parto y estado de salud de la refugiada, así como con el envío de correspondencia o de paquetes que para las mismas depositaban en la Oficina Central sus deudos. En nuestros ficheros, en todo momento, puede apreciarse el número y situación de las embarazadas por evacuar, evacuadas y ya cumplido su alto cometido.

Por último, también este Servicio facilitaba el traslado de embarazadas de otras zonas de guerra, al Centro Maternal de Vélez Rubio, y, así, han llegado mujeres de otros sitios para dar a luz en las debidas condiciones de higiene.

Las necesidades de la evacuación de Madrid y de otras poblaciones plantearon a la O. C. E. A. R. el problema de montar nuevos refugios de embarazadas y de que Vélez Rubio diese un mayor rendimiento. Y nosotros, al encargarnos ahora de la Jefatura de los Servicios de Evacuación y Asistencia a Embarazadas, hemos planeado, bajo las inspiraciones del secretario general de la O. C. E. A. R., la siguiente organización:

Primero.—Intensificar la propaganda a fin de que las mujeres embarazadas de Madrid se inscriban para su evacuación, introduciendo como elemento colaborador al Asistente Social o Instructor-Visitador, que, adentrándose en los hogares de las embarazadas, mezclándose con ellas en los Centros adonde acudan, se capte su voluntad y lleve a su ánimo el convencimiento de las excelencias de un servicio que, alejándolas del peligro y de las incomodidades de Madrid, les permita llevar a cabo, de manera excelente su función maternal.

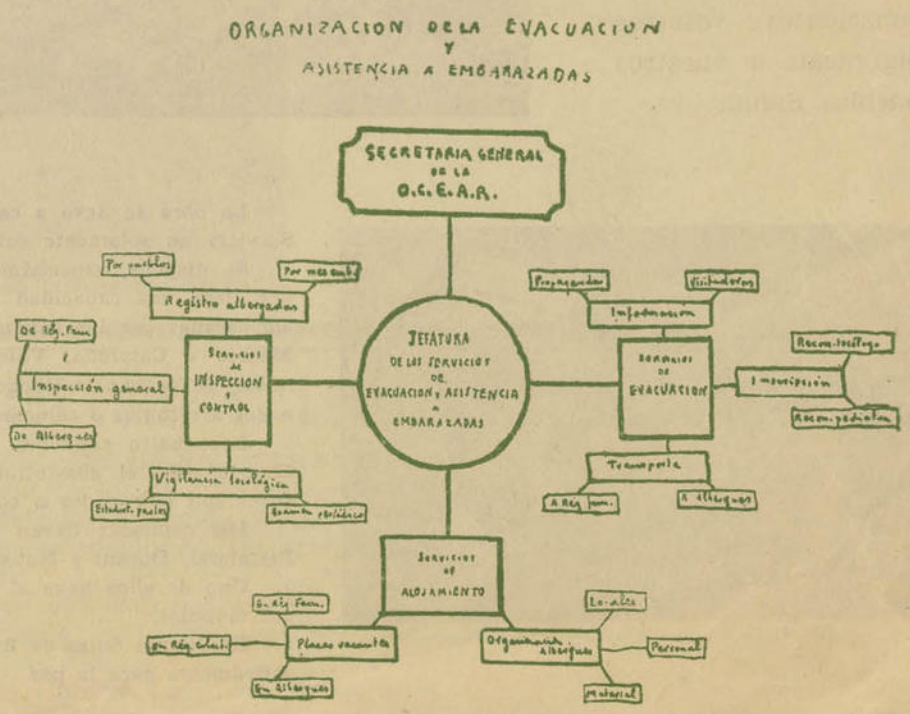
Segundo.—Realizar, como hasta ahora, los exámenes médicos de mujeres y de niños, cuyos dictámenes habrán de ser presentados por las interesadas al médico del lugar adonde hayan de ser conducidas.

Tercero.—Dividir a las embarazadas en dos grandes grupos: uno, el de las que no han llegado al séptimo mes del embarazo; otro, el de las que pasan de ese tiempo. Las primeras, rápidamente, tan pronto como vayan inscribiéndose, sin esperar a formar grupos, serán enviadas, bien a un pequeño refugio próximo a Madrid, en donde esperarán hasta el séptimo mes, o bien a diferentes pueblos próximos a los Albergues Maternales, en donde, en régimen familiar, esperaran, bajo la vigilancia directa del médico del pueblo, a cumplir los siete meses, para ser entonces trasladadas a dichos Albergues Maternales. Las segundas, las que al inscribirse ya cumplieron los siete meses, serán directamente enviadas a estos Albergues.

Cuarto.—Mantener el Albergue de Vélez Rubio, que recogerá a las embarazadas que, en régimen familiar, se coloquen en los pueblos próximos al mismo, y crear otro nuevo en Fuentepodrida. Este Albergue ha de ser para las embarazadas y sus hijos, no sólo factor de reposo, en el que, por fin, se cumplan adecuadamente las leyes de protección a la maternidad, descansando la embarazada dos meses antes y uno después del parto, sino que sea un verdadero generador de salud y energía para el futuro ser que ha de nacer.

Combinando de esta manera el régimen de colocación familiar, con la indispensable permanencia en centros de albergue maternal, se conseguirá la doble finalidad de atender a mayor número de embarazadas, dando más movilidad y rendimiento a los albergues existentes e iniciar la verdadera asistencia social en régimen abierto, único modo de destruir definitivamente el antiguo espíritu de asilo que la beneficencia infiltraba en todos sus organismos y encauzar la prestación de esos servicios en clínicas y establecimientos construidos expresamente para realizar estos delicados servicios.

FRANCISCO HARO GARCIA



Biblioteca Nacional de España

«...prestará su ayuda personal en la casa acogedora, en aquellas ocupaciones propias de sus condiciones y aptitudes, aceptando realizar los trabajos en la forma que el acogedor disponga, siempre que «no sea vejatoria para quien haya de realizarlos, y alternando con los refugiantes en los más desagradables y penosos».»

Desfile de Siluetas

HAY cosas que no deben callarse. «Vox Populi, vox...», asegura una locución latina multicentenaria. La autoridad de esa voz infalible que, en la ocasión presente, tórnase acusadora sobre muchos labios, obliga a divulgar hechos de los que todos debemos sentirnos un poco doloridos. Hechos aislados, en que debemos poner todo nuestro esfuerzo y toda nuestra atención para que no se produzcan y estirparlos de raíz.

En periódicos y mitines se ha dicho reiteradamente que la moral de nuestra retaguardia no corresponde enteramente a la abnegación heroica y desinteresada de los que a diario exponen su vida en el horror de las trincheras, o, en otros términos: que mientras los bravos luchadores de los frentes mueren por la causa, otros inconscientemente hacen caso omiso, o explotan la guerra y merced a ella se procuran lujos y comodidades que en tiempo normal nunca hubiesen podido lograr.

Muy cierto. El sacrificio de los que nos defienden merece de nuestra parte amor, agradecimiento, y ese amor no es lo amplio que debe ser. Son muchas las personas que lo dicen, es la «Vox populi» la que habla... La retaguardia dormita, la retaguardia no vibra como debe vibrar, al compás del terrible drama que destroza nuestro pueblo. Alejada de las ciudades que los cañones enemigos arrasaron, parte de la retaguardia se vuelve insconsciente y egoísta. Se encoge de hombros en momentos que el entusiasmo debe invadirnos. Esto es desolador, abominable, inícuo.

Donde la injusticia se acusa con perfiles más lamentables es en ciertos pueblos. Algunos Consejos municipales no tienen el calor al rojo vivo por la lucha libertadora, son algunos neutros y otros no desmuestran ningún amor al régimen. Sucede que, debido a esta falta de sentimiento antifascista y a la poca comprensión que representa el valor que tienen los refugiados, se producen muchos pequeños incidentes, como, por ejemplo, alguno de los que vamos a enumerar.

De súbito, los refugiados, a quienes esta Oficina Central alojó en una casita, reciben orden del «señor alcalde» de marcharse de donde están, con el fin de que pueda instalarse allí, a pasar el verano, el «dueño» del inmueble, que reside en Valencia o en Castellón o en Alicante, y del cual el monterilla de turno es servidor incondicional. Y si no hubiese más faltas de delicadeza que las cometidas por ciertos alcaldes, de algunos organismos incomprensibles, aun podríamos darnos por contentos. El desfile de los personajes que encarnan estos pequeños dramas de egoísmo, contrasta enormemente con la pobre gente que espera un auxilio con que poder aliviar en parte su desgracia.

Lo más deplorable y bochornoso es la falta de tacto, la sordidez, rayana en crueldad, con que algunas de las mujeres que acogen niñas evacuadas, las tratan. Lejos de animarlas y agasajarlas como a hijas, para así ayudarlas a olvidarse de la tragedia que deshizo sus hogares —muchas de ellas son huérfanas de milicianos—, las visten sin aquella pulcritud necesaria, las obligan a servir de criadas o de niñeras, en suma, las tratan como a asalariadas, cuando el trato que se les debe y que requiere su condición es de igualdad y de fraternidad.

Si la chiquilla se niega a lo que le mandan o no es muy lista o es blanda para el trabajo, «su ama»—otro nombre no merece la que, por imperativo del corazón, debería ser una segunda madre—, su «ama», repito, so pretexto de corregirla, la trata desconsideradamente, y si la corección no surte efecto conforme a su capricho, tiene la desfachatez de devolverla a esta Oficina y de pedirnos «otra». Entiéndase, no otra niña a quien cuidar como a hija sino «otra» criada.

Yo me pregunto: ¿Por qué estas mujeres desoyen hasta ese extremo las leyes milenarias de hospitalidad? Ya que no por nativa bondad, por propio egoísmo, deberían comportarse de modo distinto y no ser el blanco de todas las miradas de la gente sencilla y buena de nuestro pueblo. Acaso ignoran que los combatientes que cierran el paso al enemigo serán tanto más valientes cuanto mejor cuidados sepan que están sus hijos y familiares.

Estos casos aislados, ennegrecen la gran armonía del conjunto de personas que viven fraternalmente entre la gran familia antifascista. Desfiguran el esfuerzo solidario que realizan todos los pueblos de la retaguardia leal. Estos casos desafortunados que cometen gentes sin ideal y sospechosas de fascistas, se comentan y se agigantan por elementos turbios y hacen presa en el ánimo sencillo de nuestros combatientes que tienen la familia evacuada, cuando todos sabemos que la realidad es bien distinta, ya que el pueblo que labora en el campo, en la fábrica, en los talleres, en las oficinas, ha dado grandes muestras de espíritu acogedor.

Yo lanzo la voz de alerta para que cuando se produzca uno de estos casos aislados, se pongan las cosas en su sitio y que de ninguna manera se tome como piedra angular para calcular el gran valor solidario, fraternal y antifascista que en la retaguardia leal se observa.

MATILDE FERNANDEZ FUERTES

Biblioteca Nacional de España

"OCEAR" abre una encuesta y pregunta a los refugiados

La O. C. E. A. R. tiene un fichero central y contesta a los paraderos que se solicitan.

Un refugiado que carece de ficha puede ser un emboscado.

Un refugiado sin ficha es, en todo momento, un incontrolado.

¿PORQUE NO TE QUEDASTE con los FASCISTAS?

Porque son unos canallas que sólo quieren que los otros trabajen para ellos disfrutarlo, y, además, quieren que los demás sean sus esclavos y ellos mandar en España.

José Antonio Francisco. 12 años.

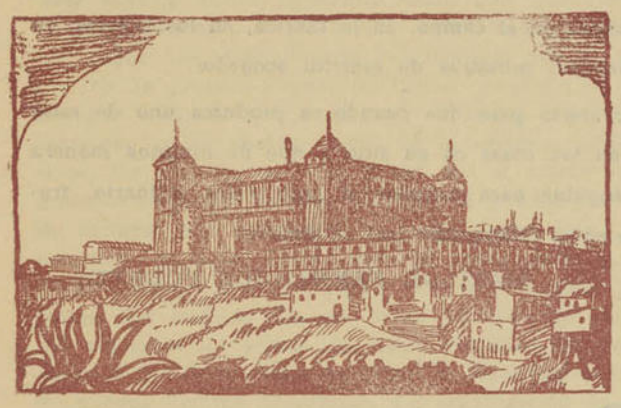
Salud.

Compañeros del periódico OCEAR: He leído la encuesta que hacéis a todos los refugiados, y yo, aunque no soy un hombre grande, hago la contestación siguiente, para ver si la publican:

Nosotros no nos quedamos con los fascistas porque eran moros y robaban en las casas y mataban a los hombres y pegaban a las mujeres. Después, porque eran muy malos, ya que habían matado al padre de un amigo mío que vivía en Talavera.

Yo dije a mi madre que no me quería quedar en Toledo, y ella dijo que tampoco, y nos marchamos con mis abuelos en un camión de milicianos a Madrid y ahora estamos en Valencia, donde estamos muy bien, porque mi madre trabaja y yo voy al colegio del Sindicato.

PEPILLO HERNANDEZ



Porque los facistas son uno qriminales y ha secino maltrata ha lobreros y ha las mujere las pela y ha los niño pequeño sacas los brazo y pierna y halombres los matas y noledan comida y por lamañana ha las mujeres ledan. Aceite recinos por la mañana al de sayuno medio litro y asin las mata ha poco a poco.

Nosotro cuando beniamos por lacareteras coriendo benian con tanque barcos y aeroplanos ha cribilladono por las careteras y ha las mujeres le hacía perreria de lantes de los maridos y sicijo paque sufrieras y ha yi lamujere las ponian a cose ropa de lofaciosos y ca 24 hora le daban ranchoque sobraba de los sodado y haslas an cianas la ponia en la cola para come rancho de los sordado.

RICARDO VILLENA CHACON

¿Que por qué no me quedé con los fascistas?

Conoces ese pequeño poema de Campoamor «Las dos grandezas»?

«...—Mi poder es asombroso.
—Pero a mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.»

Aquí tienes la respuesta.

El poder, sí; pero el del espíritu, no el de la brutalidad .

Poder, el de los sentimientos y las ideas, no el ejercido por la vesanía de unos cuantos, contagiados por una enfermedad endémica en algunos países y en determinadas esferas sociales, que llevan en sí desde siglos un germen patológico que ha hecho degenerar su alma, haciendo de ella un caso de podredumbre capaz de infectar y corromper todo cuanto se ponga al alcance de sus emanaciones.

Dicha, sí; pero no la dicha material que mis medios económicos pudiéranme procurar largamente, no. La dicha de ver hermanados a todos los humildes, procurándoles unos medios de vida de acuerdo a sus necesidades fisiológicas y también aquellas creadas por el desarrollo de la cultura y el nivel social a que cada cual se haga acreedor.

Dicha, la de ver fraternizar a todos los seres sin sometimientos bárbaros y esclavizadores. Viendo desenvolverse a los niños como retoños cuya savia cuidamos amorosamente para endulzar nuestras horas, primero con sus juegos y más tarde con sus obras útiles y humanas.

Comprenderéis que esta dicha no me la podían ofrecer esos seres de alma primitiva en sus bárbaros procedimientos, que, abusando de su poder, que no es su fuerza, sino el sometimiento de los más, tratan de someternos a todos porque esa alma retrospectiva hacia edades remotas, en que el instinto brutal del egoísmo era el más desarrollado y el que así les hace pensar, sentir y vivir.

Y por eso huí de su lado.

Por eso no me quedé con ellos, porque no podría vivir entre tanta corrupción moral y tanto cinismo; como les ha ocurrido a otros que creyeron que, quedándose, salvaban sus medios materiales.

Sin pensar en los otros, más dignos y más humanos.

Por todo esto no me quedé entre los facciosos. ¿Está claro?

UN MAESTRO DE LOS ALREDEDORES DE MADRID

Compañero Director del diario OCEAR.

Camarada, salud: Os envío las felicitaciones por la publicación del diario la OCEAR, porque creo que ha sido un acierto el hacerlo, ya que estábamos desorientados en la manera que teníamos de hacer las cosas. Después, como he leído la pregunta que hacéis y que dice: ¿Por qué no te quedaste con los fascistas?, yo contesto que no me quedé con los fascistas por cuatro cosas:

Primero. Porque soy republicano y de izquierdas.

Segundo. Porque, siendo un trabajador del campo y haber sido siempre explotado por el terrateniente, no he estado dispuesto a vivir con mis familiares bajo el yugo fascista.

Tercero. Por haber vivido los cinco meses que ha durado el dominio del Gobierno leal en nuestra tierra en una plenitud de todos los derechos ciuda-

danos y logrando, además, la reivindicación económica que nos merecíamos los trabajadores.

Cuarto. Porque sabíamos que en la retaguardia antifascista estaba bien atendido y podíamos vivir con compañeros de ideas y de sentimientos, y que esto vale más que toda la abundancia que podía haber (y que tampoco la hay) en el campo fascista.

Me parece que, como yo, son la mayoría de los refugiados, que nos comportamos conforme deben comportarse todos los republicanos y antifascistas de corazón.

Salud y República; vuestro amigo,

EDUARDO CAMPILLO

P. D.—En el pueblo donde estamos ayudamos a las labores que hay en la casa donde estamos acogidos, que son unos buenos antifascistas y que se portan muy bien.

Imp. J. Presencia.-S. Cristóbal. 11.-Valencia

Biblioteca Nacional de España

AURORAS

I

EN la vastísima y verdeante llanura no se divisaba otra casuca que una de parda arrebujada bajo la susurrante pompa de viejos nogales.

Modesta era la casuca. En la inmensidad de la planicie, su modesta y grosera construcción contrastaba con la magnífica exuberancia que la rodeaba.

Fronda de maravillosas tonalidades. Sinfonía de verdes y de colores armonizando el verde tierno y lechoso, con el rojo de las amapolas y el oro de los opulentos y maduros trigales.

Manzanos, de ramas inclinadas al peso de sus odorantes frutos, ofrecían al cansado caminante regalada sombra y frescura al cantarino riachuelo que, como serpiente de plata, culebreaba entre altos juncos y arbustos en flor.

Lejos, cortando el horizonte, la línea ondulada y gris de un olivar.

El silencio era solemne, reposante, sedante para las almas inquietas y las imaginaciones febriles y exaltadas.

A intervalos rompía la inquietud sedoso rumor de plumas y los alegres gorgeos de los pájaros que habían colgado sus cálidos nidos en la seguridad de los árboles.

En el umbral de la parda casona, se perfiló la silueta de un hombre que restó unos momentos de pie contemplando el paisaje, y luego sentóse en el tosco banco de piedras adosado al muro de la casa y empezó a lanzar columnas de blanquecino humo de la pipa, cuyo negro vientre había antes cuidadosamente llenado de tabaco fuerte.

Y restó en actitud contemplativa en el severo y bello rostro encuadrado de una bien cuidada barba blanqueada por la nieve de los años, toda la serenidad de la tarde, toda la paz del campo.

La brisa cargada de aromas, arrastraba entre sus invisibes alas la voz cristalina y adormecedora del riachuelo.

Cuando más abismado estaba deleitándose en la soberana belleza de la Naturaleza, sus ojos penetrantes y agudos, acostumbrados a otear distancias, se detuvieron sorprendidos en lejano grupo que avanzaba lentamente como abrumado de fatiga.

—Caminantes extraviados—comentó el anciano levantándose y escrutando con vivo interés la inmensidad.

Una sombra de inquietud nubló fugazmente la serena alegría del rostro al convencerse que el grupo, formado por dos mujeres y un hombre, adelantaba en dirección a la casa, doblados a la fatiga y al peso de cestos y paquetes.

—¿A quién esperaban encontrar en aquellas soledades?—preguntóse, sin dejar de observar a los que inesperadamente llegaban.

Les vió detenerse cerca de los manzanos, después, descubriendo seguramente la casuca a la sombra de los grandes nogales y en su umbral al anciano, reanudaron la caminata, con más gallardía, como seguros de hospitalidad.

Ahora el campesino podría darse cuenta del deplorable y mísero aspecto de los viajeros, y adelantó en impulso alentador, cordial y de bienvenida.

Dejaron en el suelo cestos y paquetes, y restaron avergonzados, sin encontrar frases implorantes y humildes.

En los ojos de las mujeres había huellas de recientes lágrimas.

En visible esfuerzo, el hombre débilmente solicitó:

—Hemos perdido el camino y estamos rendidos de fatiga. Nos asusta otra noche pasada a la intemperie. ¡Oh!, las interminables jornadas. ¿Puede usted prestarnos alojamiento uno o dos días, el tiempo suficiente para recobrar las fuerzas?

Unos breves instantes estuvo el anciano estudiando en el rostro de los desconocidos los hondos surcos marcados por la angustia y el dolor. Adivinó la tragedia que arrastraban tras sus vacilantes sombras y, mostrándoles, en noble y amplio ademán, el abierto portal, concedió.

—Que mi techo sea de paz, para el tormento de vuestras almas.

—¿Si supiese usted de dónde venimos?—gimió más que habló el joven desconocido.

—Antes que vosotros, otros han pasado por aquí. Venís de aquellas tierras y de aquellas ciudades donde los hombres se destrozan y se matan.

Arrancaron en desgarrador llanto las mujeres y el hombre, inclinando afirmativamente la cabeza, recogió, ayudado del anciano, los cestos y los paquetes, y todos entraron en la modesta casuca.

... ...

... ...

La entrada, espaciosa, que servía al propio tiempo de cocina y de comedor, recibía raudales de luz por una muy ancha ventana, engalanada con floridas colgaduras de madreselva.

Dejáronse caer en las sillas las dos jóvenes, sin cesar de sollozar. El hombre sentóse en el banco de madera que se corría a lo largo de la rústica y limpia mesa, ocultando la frente en sus ardientes y temblorosas manos.

Dejó el anciano que el silencio cayera sobre las acongojadas cabezas, respetando aquel dolor de que iban cargadas y que quizás por primera vez dejaban que desbordase con toda la ruda fuerza de los sentimientos largamente frenados y contenidos.

El primero en recobrarse fué el joven. Levantó la frente y, mirando compasivo a sus compañeras, quiso confiarse, darse a conocer, pero el anciano contuvo imperioso sus explicaciones.

(Continuará)

Biblioteca Nacional de España

A los Consejos Municipales

A los Comités Locales de Refugiados

Es una obligación atender a los refugiados y el atenderlos bien o mal lleva aparejado el adjetivo correspondiente, que se aplicará a las poblaciones acogedoras. El Gobierno, por mediación de la O. C. E. A. R., pide y exige se atienda bien a los refugiados y que éstos cumplan con entusiasmo las leyes vigentes.

Hasta ahora, en muchas poblaciones el Consejo municipal ha cargado con las atenciones de los refugiados; pero esto no puede continuar, porque el Consejo municipal no tiene presupuesto para estas atenciones ni funciones para normalizar estas obligaciones. A tal objeto, se constituyeron los Comités locales de Refugiados, a fin de encauzar y atender todos los aspectos que de refugiados se presentasen.

Y, en consecuencia, se dictó la ley que obliga a los vecinos a dar comida y alojamiento a los refugiados o mantenerlos por su cuenta mediante cuotas en régimen colectivo, por cuyo motivo el Consejo municipal ya no tiene ninguna obligación para los refugiados, en lo que respecta a comida y habitación. Hay, además, un impuesto del 5 por ciento, que debe cobrar el Comité local de Refugiados, sobre los artículos de lujo, el cual estará destinado a cubrir las necesidades de Sanidad, Pompas fúnebres, lactancia, varios, etc., etc.

Tenemos, pues, libre el Municipio de gravámenes motivados por los refugiados. Pero la población tiene unos gastos que el Municipio puede rescatarlos organizando el trabajo de los mismos.

Supongamos que en este pueblo tengáis cien refugiados; de ellos, cincuenta hombres y treinta aptos para el trabajo. Estos treinta hombres dan un rendimiento de trabajo valorizado en siete pesetas, producen un «valor trabajo» de doscientas diez pesetas diarias, pesetas que el pueblo podría aprovecharlas organizando la actividad productiva de estos hombres. Si el pueblo tiene que pagar esos jornales a siete pesetas, no puede hacerlo, por no tener disponibilidades. Lo que da de valor en alojamiento y comida puede recuperarlo aprovechando el trabajo de los refugiados.

No perjudica a los obreros normales de la población, porque la ley dice: «No podrán ser nunca empleados los refugiados en trabajos que perjudiquen a los obreros parados de la población y a la economía del país».

Los trabajos que hay que emprender deben ser los considerados como «extras».

Así, se puede emplear a los refugiados en: Construcción de refugios para bombardeos, arreglo de los caminos vecinales, convirtiéndolos de caminos de carros en caminos de camiones; embellecimiento de las calles con flores, parterres, pantados de árboles, etc.

Rotulación de las calles, con indicación de la dirección y circulación, fichaje para procurar la situación de la población de los centros oficiales, de los Sindicatos, de los centros políticos, etc., etc. Limpieza de las playas, guardadores de las mismas, construcción de jardines, viveros de flores, derribos de viejas iglesias inservibles, creación de Guarderías para niños y niñas, talleres de ropas para los refugiados y para la Asistencia Social del Municipio, construcción de urinarios, instalación de carteleras. Se podrán organizar de adultos para disminuir el número de analfabetos.

Ocupación en el Comercio, en la Industria, en el Campo de los jóvenes de 14 a 17 años de ambos sexos, y conforme a su condición en carácter de aprendizaje y sin retribución, para evitar la vagancia y acostumbrarles a tener una obligación. Peluquerías de refugiados y para los refugiados.

Todos estos trabajos, que no arrancan una necesidad imprescindible, no se harían sino fuese por estas circunstancias especiales. Todas estas ocupaciones, las unas materiales y las otras de un valor moral, elevan la situación de los refugiados y estimula la solidaridad entre los vecinos de la población.

Por estos motivos, es conveniente, como lo han hecho algunas poblaciones, organizar la ocupación y trabajo de los refugiados.

El Consejo municipal debe hacer un pequeño esfuerzo económico, financiando las obras que se van a emprender por mediación del Comité local de Refugiados, y logrará un beneficio moral y material para la población y cimentará más profundamente la solidaridad en la retaguardia.

¡El Gobierno os lo pide! El pueblo antifascista os lo agradecerá.

Biblioteca Nacional de España